

UN DRAMA EN EL BIDASOA



A las tres de la tarde del día 26 de Mayo de 1605, soltando á prisa las amarras de una chalana que estaba atracada en el lado de Hendaya, tomaba asiento en ella, acompañado de un fraile, un caballero de aspecto marcial, vestido de rajeta verde con greguescos y ropilla y ancho sombrero de penachos en la cabeza. Era el Señor de la casa solar de Soroeta de Ustariz (Francia) que, armado de pistolete, daga y espada, se agitaba nervioso dentro de la barca, dando pruebas de grandísima impaciencia. Apenas el chalanero dió unos golpes de remo sobre el líquido elemento, viéronse obligados á saltar á tierra para atravesar el arenal, que, en baja mar, partía en dos al Bidasoa y encaminarse á pié á coger en el otro extremo, segunda lancha que les condujese á España. Visiblemente contrariado con esta dilación, procuraba en vano nuestro personaje acelerar el paso, porque hundiéndosele el pié en la arena, parecía que un genio invisible entorpecía sus movimientos.

¿Qué le pasaba al Señor de Soroeta para dejar su patria con tal apresuramiento? Si algún peligro amenazaba á su persona ¿cómo sus criados, parientes y allegados, le abandonaban al sólo cuidado de un fraile?

Cerca estaban de la barca, que ya se preparaba á recibirles, cuando en la orilla francesa apareció el poderoso señor de Urtubia, de Urruña (Francia) al frente de una docena de criados, armados como su dueño, hasta los dientes. Al divisar al de Soroeta, dispuesto á entrar en aguas de España y á punto de escapársele de entre las garras, con estentórea voz acostumbrada al mando, llamó al barquero que le esperase, mientras él se metía en otra barca con su gente, para salir á perseguirle. Su numerosa jauría de hermosos perros, haciendo coro á las voces del amo con fuertes ladridos que atronaban el espacio, tiróse al agua tras él, para seguir á la barca á nado, ahuyentando con su infer-

nal algarabía multitud de mansas gaviotas, que, hartas de sardina, dormitaban en la arena, y que llenando los aires como por ensalmo, quedaron á la espera de los acontecimientos, trazando círculos á prudente altura.

Deslizábanse veloces ambas barcas, una de otra en pós, y ya el de Urtubia saltaba al arenal con su gente y perros, más bien por hacer alarde de su encono é ira, que guiado por la esperanza de alcanzar á su contrario, que se hallaba ya á regular distancia, cuando un suceso inesperado vino á cambiar por completo la faz de las cosas.

En el trayecto comprendido entre Fuenterrabía y Hendaya, lo mismo entonces que ahora, es tan pequeño el caudal de agua en baja mar, excepción hecha de la parte que comprende la canal, que apenas puede navegar una lancha, si no es sorteando los bancos de arena que se interponen al paso, y aun así va constantemente rozando el fondo. En este caso se encontró el de Soroeta, y sea que su remero careciese de la práctica necesaria para recorrer estas aguas, ó sea, como yo creo, que perdiese la serenidad ante la inminencia del peligro, es el caso que la lancha encalló y no podían avanzar ni retroceder, á pesar de los esfuerzos unidos de los tres.

Práctico en estos lances el de Urtubia, comprendió al momento lo que pasaba, y recobrando sus perdidas esperanzas, avanzaba en el arenal con su doble escolta, fija la vista en su presa, que era ya difícil se le escapase. Los gritos y ladridos, cada vez más cercanos, obligaron á nuestros náufragos á hacer un último y supremo esfuerzo, y saltando al agua los tres, forcejearon para poner su lancha á flote, con el empeño y ansia del que ve próxima su muerte; pero ¡ay!... la barca se hundió más.

No había tiempo que perder: los perseguidores, metidos en agua hasta la cintura, avanzaban con la espada levantada, dando grandes alaridos de satisfacción, á la vez que los perros, azuzados por el de Urtubia, nadaban con ellos, ladrando á mandíbula batiente.

Todo presagiaba un triste fin al de Soroeta, que no podía utilizar la lancha para huir, ni podía intentar defenderse contra tantos enemigos, y como único remedio en tan apurada situación, echó á andar solo á río traviesa, dejando en la barca al fraile y barquero. Va-deaba el río con marcha desigual, según las profundidades que hallaba en el trayecto, á paso de tortuga, unas veces metido en agua hasta los pechos, y corriendo otras casi en descubierto, mostrando su

cuerpo como único blanco á la mirada de aquellos formidables animales, que orientados de esta manera acerca de la misi3n que les tocaba desempe1ar en aquella contienda, á 3l se encaminaban jadeantes y furiosos.

Sofocado el de Soroeta, ante la pertinaz persecuci3n de aquella legi3n de fantasmas, iba andando sin tino y á la desesperada, dando muchas veces con su cuerpo en tierra, hasta que lleg3 á la canal, que era el paso verdaderamente dif3cil por la mucha profundidad y corriente de las aguas. Sin detenerse un momento, tir3se de bruces con los brazos extendidos y aunque procur3 nadar, se vi3 que no era posible con la impedimenta de ropa y armas que le tenia sujeto. Se manten3a, sin embargo, en la superficie, arrastrado por la corriente á ratos y defendi3ndose á nado otros, haciendo esfuerzos desesperados por atravesar aquel mal paso, hasta que agotadas las fuerzas, empez3 á hundirse poco á poco, sumergi3ndose por completo en el l3quido elemento. Al poco tiempo apareci3 de nuevo flotando sobre las aguas, pero inerte y sin acci3n, no tard3 en bajar al fondo de la r3a. Como 3nica se1al qued3 en la superficie el sombrero, ostentando al comp3s de suave balanceo su gracioso penacho, cuyas variadas plumas fueron pronto esparcidas por los perros á dentelladas. No se detuvo all3 su fiero instinto, sino que zambull3ndose repetidas veces, buscaron ávidos bajo el agua, otra presa mejor donde hincar el diente, mientras los criados, llevados de igual furia insana, tiraban golpes de ciego con su espada, suponiendo que bajo el sombrero flotaría su due1o, quien á no haber tenido la fortuna de bajar momentos antes al lecho de la r3a, no hubiera podido librarse de enrojecer con su sangre las aguas del Bidasoa, desgarradas las carnes á mordiscos y estocadas.

Entre tanto el de Urtubia, herido en su soberbia porque el lanchero de Soroeta no quiso aguardarle á pesar de sus llamadas, encamin3se derecho á la lancha encallada, descargando con su espada sobre su paisano Juanes de Urosti una de tajos y mandobles, que le dej3 mal trecho en el fondo de su propia embarcaci3n.

Hartos de sangre, volvieron grupas á Francia hombres y perros, saltando y bailando por el arenal, elevando en alto como 3nico trofeo en la punta de una espada, el sombrero de D. Juan de Soroeta.

Retiraron al herido á su casa de Hendaya; las gaviotas, que llenaban el espacio con sus idas y vueltas, plegando sus alas bajaron á la arena y volvi3 aquel campo de batalla á su habitual calma. Solo que-

daban allí los dos personajes que hemos presentado en primer término en esta verídica relación. D. Juan de Soroeta, sepultado en el fondo de la ría y el fraile arrodillado en el arenal, inmóvil, con los brazos en cruz y fija la vista en el cielo, implorando al Todopoderoso para que acogiera en su seno el alma de su desgraciado amigo.

Entre tanto, el centinela de la muralla de Fuenterrabía, que prestaba sus servicios en la garita de San Felipe, dió parte de lo que acababa de ver, saliendo acto seguido una lancha con el Alcalde, Escribano y varios marineros á buscar el cadáver del de Soroeta. Los trabajos de aquel día resultaron infructuosos, y como el siguiente, 27, tampoco podían dar con el cadáver, trajeron la red grande de las pesqueras salomoneras y pudieron por fin al cuarto lance extraerle del agua al infortunado caballero.

Conducido á la casa Lonja, se levantó inventario de los objetos que poseía, encontrándole en la faltriquera de sus gregüescos, un librito encuadernado con las horas de Nuestra Señora y una bolsa de terciopelo carmesí viejo con sesenta y ocho y medio reales en plata, monedas españolas y francesas. En los dedos dos anillos de oro con sus piedras, el mayor que tiraba á morado y el otro con una piedra granillo rojo pequeño.

Siendo á boca de noche y considerando que á un señor tan principal, dueño de heredades, ermitas é iglesias, no podía enterrársele sino con misa cantada y exequias de primera clase, se entregó su cadáver en depósito á D. Juanes de Arellano, quien le amortajó y le tuvo expuesto en la sala de su casa durante la noche. Bayona reclamó su cuerpo, que Fuenterrabía no quiso entregar por haberle hallado en el Bidasoa, cuya jurisdicción creía pertenecerle, y á la mañana siguiente se le hizo el entierro con el boato y pompa que se hacía á las personas más pudientes de la villa, con misa que se cantó en la capilla de San Pedro, dándole sepultura en la iglesia.

Nuestros vecinos sabrán los motivos que existían entre las poderosas casas de Urtubia y de Soroeta, para llevar sus odios hasta el extremo que hemos apuntado en este histórico relato. Nada dice sobre este particular el expediente que se incoó para la averiguación de estos hechos, que es el que hemos tenido á la vista para ordenar este trabajo.

SERAPIO MÚGICA.

